

## ESTOICISMO

### 1. La teoría estoica del conocimiento

Los estoicos tendrán que enfrentarse a la doctrina escéptica porque les es crucial defender la realidad del conocimiento, pues ellos, que son una escuela preocupada fundamentalmente por problemas de ética, defenderán la idea socrática de que la virtud es imposible sin el saber. Acometerán así la tarea de buscar ese criterio de verdad. Para los estoicos, el contenido de cualquier representación o conocimiento procede de la percepción sensible. En este sentido, los estoicos coinciden con los epicúreos en la afirmación de que la percepción es un fenómeno material, o sea, la acción de una impresión de las cosas externas sobre el alma, algo así como que originalmente el alma es como una tabla de cera, en la que el mundo externo imprime sus signos. A partir de esta concepción, explican el origen de los conceptos y de las representaciones generales por la permanencia y duración de las impresiones sensibles o de sus partes, así como por enlace de ellas. Esto les llevará a rechazar, no sólo la teoría platónica de las Ideas, sino también la doctrina aristotélica del entendimiento agente.

Una vez establecido lo anterior, el principal argumento de los estoicos contra el escepticismo consiste en afirmar que los contenidos de las impresiones, al igual que la naturaleza del pensamiento, son iguales en todos los hombres. Para los estoicos existe algo así como una comunidad de las funciones psíquicas en virtud de la cual podemos encontrar una verdad segura en las representaciones que se desarrollan normalmente en todos los hombres. Admitirán, incluso, estas nociones comunes como punto de partida para la demostración científica, y como prueba de ellas, el consenso de todos los hombres. No obstante, junto con el desarrollo de la escuela estoica, estas nociones comunes verán modificada su concepción original. De esta manera, Cicerón llegará a otorgarles un carácter innato, pasando a abarcar no sólo lo que la naturaleza nos enseña comúnmente a los hombres, sino también lo que la naturaleza o la divinidad ha puesto desde un principio dentro de cada cual. El conocimiento de Dios no sería otra cosa que la conciencia que tiene el hombre de su verdadero origen. Se tenderá así un puente entre la teoría del conocimiento platónica y la estoica, y se implantará un germen para la moderna teoría racionalista del conocimiento.

Los estoicos, como hemos dicho, reducirán el contenido de cualquier representación a impresiones sensoriales, pero irán más allá, concluyendo que el criterio del conocimiento verdadero sólo puede ser el sentimiento subjetivo de la necesidad con que la percepción se impone a la conciencia. Es decir, toda percepción, como tal, es verdadera e irrefutable; y cuando parece que nos encontramos ante diferentes percepciones contradictorias entre sí acerca de los mismos objetos, el error reside en la opinión que nos formamos de ellas, no en las percepciones mismas. Es decir, contra lo que defendían los escépticos, la relatividad no representa, para los estoicos, ninguna razón contra la exactitud de las representaciones. Lo que pasa es que las opiniones (*doxai*) se distancian, cada vez más, necesariamente, de esa instancia inmediata de las impresiones sensoriales, porque el conocimiento que se requiere como guía de nuestras acciones ha de estar referido a hechos que trascienden lo inmediatamente perceptible. E incluso para estos hechos trascendentales no se admite otra garantía que la percepción misma, pues si se fundan en el recuerdo de impresiones sensoriales, sólo pueden basar su certeza en la propia evidencia de las impresiones sensoriales.

## PLOTINO

### 1. El Uno y el Nous

La dualista manera de pensar de la época y su opuesta valoración de espíritu y materia tuvo como primera consecuencia el intento de potenciar la esencia divina situándola, no ya como Espíritu, en el mundo suprasensible, sino por encima del Espíritu y de lo suprasensible: Dios es así algo ultracósmico y ultraespiritual. Esta idea será enérgicamente acentuada por Plotino, para quien la divinidad es lo absolutamente trascendente: lo Uno estará sobre el propio Espíritu y por encima del ser y del pensar; lo cual no sólo acentuará la dificultad metafísica de su relación con lo sensible, sino que quedaría fuera de toda posibilidad de relación o comunicación religiosa con ella.

No obstante, según la concepción geocéntrica del universo dominante en aquella época, para Plotino, la regularidad y periodicidad del movimiento de las esferas permitirían un conocimiento racional del devenir del mundo. El mundo así concebido es eterno y los períodos se suceden repitiéndose sin fin. Ahora bien, de esta concepción también se sigue que el mundo sensible es un cierto orden realizado en el espacio y en la materia. Por tanto, su principio no puede ser sino un orden intelectual absolutamente fijo que, bajo una forma eterna y accesible a la inteligencia pura, contenga las relaciones y armonías que se perciben en el mundo sensible. Tal será, en efecto, la hipóstasis central de la metafísica de Plotino: la inteligencia (*Nous*). Pero más allá de esta unidad múltiple que constituye el mundo inteligible, por la misma razón debe afirmarse lo Uno absoluto sin distinción y sin variedad. Lo Uno superior al mundo inteligible es el «principio», lo anterior al *Nous*, al pensar, por lo que ningún predicado le conviene; es decir, sólo puede ser designado de manera impropia.

Sin embargo, no hay que considerar las manifestaciones de esta fuerza, que constituyen el mundo, como ramificaciones y partes de su sustancia, ni tampoco como «eflujos» propios de ella, sino más bien como efectos secundarios de un proceso de emanación que no pueden de ningún modo alterar la sustancia misma, pero que sí se derivan de su esencia necesariamente. Plotino, al exponer este proceso de manera alegórica utilizando la imagen de la luz, también expondrá que los influjos de lo Uno y lo bueno serán más imperfectos a medida que se alejan de él a través de las esferas particulares y, al fin, acaban por tocar lo oscuro, malo, la materia. La primera esfera resultante de esta acción divina sería, según Plotino, el espíritu (*Nous*), con la que la excelsa unidad se escindiría en la dualidad de pensar y ser, esto es, en la conciencia y sus objetos. En él se mantiene, por un lado, la esencia de la divinidad como síntesis de la función pensante, pues este pensar se concibe como una contemplación eterna, siempre igual, de su idéntico contenido. Sin embargo, este contenido, el mundo de las Ideas, que significa el eterno ser frente a las apariencias es, al propio tiempo, el principio de la diversidad. Pues las Ideas no son pensamientos y paradigmas solamente, sino que constituyen también fuerzas motrices de la realidad inferior.